

En esto pensad

Filipenses 4:8

Lecturas de edificación cristiana

Contenido

Esperando	1
Últimos pasos	5
Sobre la fortaleza afirmaré el pie (Habacuc 2:1)	7
El afinamiento	15
El tiempo del Despertar	17
Carta de J.N.D.	27
El agua del arroyo (Salmo 110)	28
Meditación sobre el Cantar de los Cantares	30
Fragmento de carta	36

Año V. N° 1

Enero - Febrero 2000

EN ESTO PENSAD

LECTURAS DE EDIFICACION CRISTIANA

Es una publicación de distribución gratuita que se sostiene con las oraciones y la contribución de los hermanos que deseen colaborar.

Para toda comunicación referente a la publicación, sírvase dirigirse a:

Roberto Jorge Arakelian
Cap. Cairo 546
(1842) Monte Grande
Buenos Aires
Argentina

©2000 Todos los derechos reservados. Editor: Jorge Arakelian.

Los artículos editados en otros idiomas se han traducido con el permiso de sus editores. Derechos de traducción reservados. Permiso de reproducción únicamente de forma completa y sin cambios. Queda prohibido utilizar este material con fines comerciales y/o cobrarlos.

NOTAS ACLARATORIAS

Las citas bíblicas utilizadas en esta publicación son tomadas de la versión Reina-Valera Revisada en 1960. Sin embargo, hay ocasiones en que la claridad del texto requiere el empleo de diferentes versiones, tales como la Versión Moderna u otras. Excepcionalmente, puede ser necesaria la traducción directa de la versión usada por el autor de un determinado artículo. En cada caso se indicará la versión empleada.

Abreviaturas:

BAS	= Biblia de las Américas
RV 1909	= Reina-Valera Revisión 1909
RVR 77	= Reina-Valera Revisión 1977
RVA	= Reina-Valera Actualizada 1989
VM	= Versión Moderna (H.B.Pratt, revisión 1929)
N.T.I. <i>Gr./Esp.</i>	= Nuevo Testamento Interlineal Griego-Español (F. Lacueva)
VHA	= Versión Hispanoamericana (Nuevo Testamento)

(*M. E.*) = *Messenger Évangélique*

Las citas bíblicas textuales se encuentran entre comillas: “ ”
y las citas no bíblicas entre comillas: « »

ESPERANDO

Al iniciar una nueva etapa de nuestro viaje hacia la casa del Padre, tenemos el deseo de presentar a nuestros lectores algunas reflexiones que últimamente nos ha sugerido la lectura del capítulo 4 de la epístola a los Filipenses.

Las dificultades del tiempo actual y las negras nubes que se amontonan en el horizonte del mundo serían drásticamente eficaces para turbar y agitar nuestros pobres corazones si no tuviésemos las promesas que hallamos en la Palabra de Dios. Entre estas promesas, se encuentra una que es preciosa y descollante: “El Señor está cerca.” Cuando Él estaba aún con sus discípulos les decía: “Vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (Juan 14:3). Hoy día, parece que el Espíritu Santo, el divino Eliezer que el Señor envió para que nos conduzca durante el tiempo de su ausencia, nos dice: “Éste es mi Señor” (véase Génesis 24:65). Con los ojos de la fe, nosotros ya lo vemos. El Señor está cerca; guardemos estas palabras en nuestro corazón; esperémoslo cada día. Tengamos ánimo, él nos dice: “Yo soy; no temáis” (Véase Juan 6:20). ¡Está tan cerca que nos parece oír sus pasos! Cuando lo veamos, nuestras penas habrán terminado, nuestros ruegos habrán sido contestados, nuestra felicidad será completa; pero hay algo que será aún más precioso: la felicidad del Señor será completa: “Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho” (Isaías 53:11).

Mientras lo esperamos, muchas cosas pueden ejercitar nuestro corazón porque, es cierto, las dificultades entre los santos no faltan, tanto que en el presente ninguno de ellos escapa a tales dificultades. ¿Qué haremos? ¿Desalentarnos? ¿Lamentarnos? Detenernos al borde del camino y llorar? ¡No! He aquí

otra preciosa palabra: “Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias.” “Por nada estéis afanosos”, ¡cuán preciosas son estas palabras! Es como una regla sin excepciones. El Dios que está por sobre todas las cosas, el Dios de paz a quien nada puede turbar, ciertamente quiere ocuparse de todas las cosas que nos conciernen. Él hizo los cielos y la tierra y asimismo tiene contados los cabellos de nuestra cabeza. Aun antes de intervenir en nuestro favor, quiere hacernos gozar de su propia paz, la paz que sobrepasa todo entendimiento, de tal manera que podamos darle gracias incluso antes de ver que las circunstancias por las que pasamos hayan cambiado. Él conducirá todo para que al final de cada una de esas circunstancias hallemos el bien.

Muchas cosas pueden entristecernos, y hoy más que nunca. Lo experimentamos nosotros mismos, lo vemos entre los santos y por todo lugar en el mundo. ¡“Regocijaos en el Señor”!, exclama el apóstol desde el fondo de una cárcel. Cuando nos escribía estas palabras, el mal parecía triunfar: él estaba encadenado como si fuera un malhechor; personas que profesaban ser cristianas lo hacían llorar porque no daban buen testimonio en su andar; otros pensaban añadir aflicción a sus prisiones. “Otra vez digo: ¡Regocijaos!” Realmente, tenemos en el Señor un tema de gozo que ni el tiempo ni las circunstancias nos podrán arrebatarse. Quizás alguien pueda decir: «¿Cómo podríamos regocijarnos en medio de las cosas dolorosas por las que atravesamos?» Expongamos nuestras peticiones a Dios, y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará nuestros corazones y nuestros pensamientos en Cristo Jesús. Al estar ocupados así en su presencia, seremos capaces de regocijarnos en Él. Puesto que Él constituirá nuestra dicha durante la eternidad, indudablemente también puede darnos felicidad durante el corto momento de nuestro viaje en este mundo. ¡Ojalá

que, como Asaf, podamos decir: “¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra” (Salmo 73:25)! ¡Cuán débiles e insignificantes nos sentimos para hacer realidad todo esto! El apóstol Pablo también sentía su flaqueza, pero el nos confía aquí el secreto de su poder: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (v. 13). De nuevo esta palabra: “**Todo.**” ¡Qué bella, preciosa y alentadora expresión para cada uno de nosotros!

Aún más: el Dios de paz también desea vivamente estar con nosotros. Si se nos permite usar una expresión: ¡es una preciosa compañía! Para poder gozar de ella no debemos permitir que las cosas del mundo, su agitación, sus esperanzas y sus temores llenen nuestro corazón —como, por desgracia, nos sucede a menudo—, sino que debemos ocuparnos de todo lo que le agrada a nuestro santo Dios: “Todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad.” Los filipenses podían apreciar estas cosas en la vida del apóstol Pablo. Es de desear que nosotros también las hagamos realidad en nuestra vida, para que aun en medio de un mundo agitado, podamos gozar de la presencia del Dios de paz. Es la mejor porción que podrían desear los que son pobres, débiles y temerosos seres tales como nosotros. Sin embargo, no estaremos exentos de atravesar diversas circunstancias a menudo penosas. El apóstol lo sabía por propia experiencia. Había estado saciado y había tenido hambre; había tenido abundancia y había padecido necesidad. Nuestro fiel Dios nos educa por medio de estas cosas; nos pone en su escuela, por así decirlo, una maravillosa escuela en la cual aprendemos lo que ninguna ciencia humana puede enseñarnos: el secreto de la verdadera felicidad aquí abajo, estar contentos cualesquiera que sean las circunstancias por las cuales somos llamados a atravesar. “He aprendido... estoy enseñado”, dice el apóstol. Son cosas que no

se aprenden en un día, pero Aquel que todo lo puede nos conduce a las sublimes regiones que jamás han explorado los sabios de este mundo.

Las circunstancias que atravesamos también nos dan la ocasión de manifestar el amor mutuo, tomando parte en las aflicciones de los demás y supliendo sus carencias, como los filipenses lo habían hecho con el apóstol. Es la manifestación de la vida dada por Dios en medio de un mundo lleno de egoísmo: un testimonio acerca del gran hecho de que somos discípulos de Aquel que nos ama (Juan 13:23). Este privilegio no concierne solamente a aquellos que tienen abundancia de bienes materiales. No, los macedonios pasaban por “grande prueba de tribulación” y “profunda pobreza”, pero a pesar de ello “abundaron en riquezas de su generosidad” (véase 2.^a Corintios 8:1-4). El apóstol Pablo se había gozado en gran manera en esto, y lo manifestó diciéndoles: “Busco fruto que abunde en vuestra cuenta.” ¡Qué maravillosa cuenta! Dios mismo es quien la evalúa y la estima, y no olvida asentar en ella nada de lo que se hace para su Nombre. Por su divina gracia, cuando estos efímeros bienes —que sólo retenemos unos momentos en nuestras manos— se saben emplear para Su servicio, se convierten en bienes eternos. Quedó asentado para siempre que los filipenses proveyeron una y otra vez para las necesidades del apóstol Pablo. ¿Podría Dios olvidar lo que fue hecho por su amado siervo? La abnegación que los santos se demuestran mutuamente, jamás representará una pérdida en el presente tiempo para los que son generosos con sus hermanos. El Dios del apóstol Pablo, el Dios a quien él aprendió a conocer, suplirá las necesidades de todos. Él se constituye, por así decirlo, en el garante. Lo que tenemos en nuestras manos nos será tomado, tendremos que devolverlo; sepamos pues emplearlo con vistas al porvenir.

Todos nosotros hemos sido ubicados en muy diversos me-

dios: unos emplean el arado, otros apacientan el ganado, muchos utilizan el martillo de los obreros; es cierto que entre nosotros no hay muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles, pero sabemos que quien nos ha colocado en esos diversos medios en que nos encontramos es un Dios sabio. En Roma algunos santos estaban en la casa del emperador. A Dios no le sería difícil darnos a todos elevadas posiciones en el mundo, pues él hace lo que quiere en los cielos y en la tierra. Su deseo es que seamos testigos suyos en los diversos medios donde desarrollamos nuestra actividad. La gran cuestión que se nos presenta a cada uno es la de ser fieles en el lugar donde estemos. Todo lo que necesitamos para glorificar a Dios, en los diversos medios y circunstancias en que nos encontremos, lo hallaremos en su gracia. Que esta gracia llene nuestros espíritus. La excelente gracia que nos ha sido dada desde antes de los tiempos de los siglos nos ha salvado, nos enseña y nos librará de este mundo pues “el Señor está cerca”

Alf. G. (M. E.

1934)

ULTIMOS PASOS

negocio

Mejor es el fin del

que su principio
(Eclesiastés)

7:8)

El fin de una carrera es generalmente la parte más difícil. Aparece la fatiga y decae la atención necesaria cuando ésta debe ser más firme. Todo puede decidirse en los últimos pasos.

Una caída a pocos metros de la meta puede hacer perder la totalidad de la carrera y hacer vano todo el esfuerzo llevado a cabo hasta allí. Pero a menudo, cuando la meta está a la vista, el corredor toma nuevo aliento y reúne sus últimas fuerzas para cruzar la línea de llegada como vencedor.

El capítulo 21 del libro de Números nos presenta a Israel llegando al fin de la travesía por el grande y terrible desierto; no tenían más que rodear el país de Edom para alcanzar finalmente la frontera de la tierra prometida, objetivo muy próximo de ese interminable viaje. Sin embargo, allí, cuando estaban llegando, el pueblo se desalentó (o se impacientó) en el camino. ¿Qué sucedió luego?: murmuraron y hablaron contra Dios y contra su siervo. ¿Y cuál fue la causa de esto? Habían descuidado los recursos que Dios les proveía; faltaba el apetito por el maná, al cual estimaban como un “pan liviano”; se quejaban de que no había agua, ¡cuando habría sido suficiente hablar a la Peña para que de ella brotase abundantemente! Triste estado que predispone a la caída y da ocasión a la serpiente —agente e imagen del enemigo— para hacer morir “mucho pueblo”. Ellos “quedaron postrados en el desierto” (1.ª Corintios 10:5) cuando estaban a punto de llegar a la tierra prometida. Los esfuerzos de cuarenta años, las privaciones, las largas jornadas, fueron pues completamente inútiles para “los más de ellos”.

La Iglesia, considerada no en su posición celestial, sino en su responsabilidad en la tierra, está en marcha hacia la Ciudad celestial. No hablamos de lo que lleva el nombre de Iglesia a los ojos de los hombres, sino únicamente de los verdaderos hijos de Dios. Muchos de ellos corren el riesgo de ser atacados por la fatiga y el desaliento. Quizá porque se han olvidado un poco de los recursos que tienen a disposición, han dejado de saborear el pan del cielo o han buscado agua en las agrietadas cisternas del mundo, en lugar de hablar a la Roca —Cristo— para pedírsela. Las necesidades crecen cada vez más y, al mismo tiempo, son

cada vez menos sentidas. Entonces se instala la insatisfacción y a ella le sigue la falta de firmeza, con lo cual se corre el riesgo de que la serpiente aproveche para hacer caer a muchos. Al decir esto no ponemos en duda la eterna seguridad del creyente; sabemos que Satanás no puede arrebatar la salvación de nuestras almas; pero si en la última etapa alguno de nosotros sufriese una caída por agotamiento ¡qué triste sería!

Todo manifiesta que estamos a punto de arribar. Llegará un año que será el último para la publicación de estos artículos. ¿Será el corriente? Nuestros predecesores, que ejercieron su ministerio durante las pasadas generaciones, dirigiéndose a ellas, aún hablan estando muertos (Hebreos 11:4). Escuchémoslos por medio de sus escritos e imitemos el ejemplo de fe que nos han dejado; es nuestro deber para con ellos. No dejemos de saborear la Palabra que nos han enseñado a amar. Y, más que nunca, perseveremos en la oración..

Conscientes de nuestra debilidad, pero también de la inagotable gracia de Dios, miremos —como el pueblo lo hacía en figura— a Aquel que fue levantado en la cruz por amor de nosotros y que ahora, como Autor y Consumador de la fe, alcanzó el fin que se había propuesto, el objetivo que también nosotros alcanzaremos a su debido tiempo, quizá sólo dentro de un instante. De este modo, al contemplar el final glorioso de nuestra carrera, donde ya está Aquel a quien amamos, hallaremos la energía necesaria para terminar victoriosamente la última etapa.

J.K. (M. E.

1986)

SOBRE LA FORTALEZA

AFIRMARÉ EL PIE

(Habacuc 2:1)

Había transcurrido más de un siglo desde el momento en que, a causa de sus pecados, Israel —las diez tribus— tuvo que ser deportado a Asiria (2.º Reyes 17:22-23). Dios había dejado un pequeño reino a la posteridad de Salomón, a causa de David su siervo, y de Jerusalén, a la cual había elegido (1.º Reyes 11:11-13). Pero Judá tampoco guardó los mandamientos de Jehová (2.º Reyes 17:19).

Después de un último despertar, producido en el tiempo de Josías, Aquel que escudriña la mente y prueba el corazón envió a Jeremías a exhortar al pueblo diciendo que “la rebelde Judá” había visto lo que hizo “la rebelde Israel”, que “adulteró con la piedra y con el leño”, y, sin embargo, ella tampoco tuvo temor; también se prostituyó. Y agrega: “La rebelde Judá no se volvió a mí de todo corazón, sino fingidamente, dice Jehová” (véase Jeremías 3:6-10).

Josías, el rey fiel, fue recogido con sus padres (2.º Reyes 22:20). Desde entonces Judá cayó en peor estado que el que antes se había manifestado en Israel. Pero este pueblo, inconsciente de su estado, repite aún: “Templo de Jehová es este” (Jeremías 7:4). Todos los cuidados prodigados por Dios parecen vanos; sin embargo, Él espera aún con gran paciencia, pues el juicio es “su extraña obra... su extraña operación” (Isaías 28:21).

¡Qué triste similitud con el actual estado de la Iglesia profesante! En ella también el orgullo y la mundanalidad reemplazaron a la humildad y la separación para Cristo. Hemos olvidado nuestro carácter de extranjeros en este mundo. ¡Y también ha llegado el tiempo en que el juicio comience por la casa de Dios! El enemigo tuvo éxito, suscitando dolorosas di-

visiones en medio de aquellos que habían aprendido la verdad concerniente a la Iglesia o Asamblea.

El Señor aún llama a la puerta con amor, pero después del arrebatamiento de sus redimidos, vomitará a aquella Iglesia que se habrá convertido en apóstata. El juicio será mucho más severo por cuanto ella utilizó el nombre de Cristo sólo como un uniforme con un distintivo, como un revestimiento sin realidad interior (Apocalipsis 3:3, 16).

Ningún fiel permanece insensible ante el desencadenamiento del mal. Como Job (21:7) y Asaf (Salmo 73), Habacuc expone su queja ante su Dios. Al igual que los fieles de todos los tiempos exclama: “¿Hasta cuándo?” Efectivamente, allí donde debían reinar la paz y la unidad (Salmo 122:6-8), no se ve más que devastación y violencia, disputas y discordia. “El impío asedia al justo, por eso sale torcida la justicia” (Habacuc 1:4).

Tal cuadro, por desgracia, es exactamente comparable con el actual. El mundo ha dejado su rastro sobre nosotros. Y a medida que se esfuma el temor de Dios, el desorden y el rechazo de toda autoridad invaden a la familia cristiana e incluso a lo que lleva el nombre de Iglesia. Retengamos la exhortación dirigida a Sardis: “Sé vigilante, y afirma las otras cosas que están para morir” (Apocalipsis 3:2).

Así como fue probada la fe del profeta Habacuc, también nuestra fe debe ser probada. ¿Cómo puede ser que Dios vea toda esta explosión del mal y no intervenga? ¿Por qué guarda silencio? ¿Por qué deja que el malo prospere? ¿Por qué no libra a los que han puesto su confianza en Él?

Dios enseñará a su siervo (Habacuc 2:2-3; véase también Salmo 25:9), y pronto su fe triunfará a pesar de la ruina generalizada (Habacuc 3:16-19).

Jehová llama la atención de Habacuc sobre Su propio trabajo: “Mirad entre las naciones, y ved, y asombraos; porque haré una obra en vuestros días, que aun cuando se os contare, no la cree-

réis” (Habacuc 1:5). Muy pronto, Dios iba a suscitar contra Judá a una nación cruel e impetuosa: los caldeos. Iba a cambiar el corazón de éstos para que aborreciesen a su pueblo, así como lo había hecho antes con los egipcios (Salmo 105:25). Esa nación iba a caer sobre Judá como águilas sobre su presa; terribles instrumentos en la mano de Dios, encargados de ejecutar un juicio que había sido diferido durante mucho tiempo.

Mucho después, en Antioquía de Pisidia (Hechos 13:26-41), el apóstol Pablo cita este pasaje de Habacuc 1:5. Los judíos habían rechazado a su Mesías; ¿rechazarían ahora la remisión de pecados que se les ofrecía en virtud de la obra de la cruz, haciendo que de esa forma el juicio fuese inevitable? Dios preparaba una obra sorprendente: el Evangelio iba a ser anunciado en el mundo entero e Israel iba a ser dispersado entre las naciones a causa de su infidelidad.

También se ofrece una respuesta a la pregunta que se hacía el profeta y tantos otros con él. Dios no tolera a los opresores, su longanimidad no implica la tolerancia del mal. El malo, que a veces se cubre con un manto religioso, desprecia la paciencia y la longanimidad de Dios (Romanos 2:4). Convierte en libertinaje la gracia de Dios, estimando que Dios es insensible como él frente a la iniquidad. “Por cuanto no se ejecuta luego (o enseguida) sentencia sobre la mala obra, el corazón de los hijos de los hombres está en ellos dispuesto para hacer mal” (Eclesiastés 8:11). Pero la Escritura le advierte: “Te reprenderé” (Salmo 50:16-21). Dios hace que su siervo Habacuc advierta que el orgullo llena el corazón del caldeo, diciéndole que éste, arrogantemente, “hace de su poder su dios” (Habacuc 1:11; BAS). En lugar de pensar en el hecho de que esta irresistible fuerza que despliega proviene de Jehová, va a extralimitarse en la misión que le fue dada por Él. Pero si el profeta comprende bien que Judá merece el castigo de Dios, aún no comprende ¡cómo es posible que Él pueda entregar a las “ove-

jas de su prado” (Salmo 103:3) a las bestias salvajes! Por consiguiente, prosigue con Dios un diálogo lleno de confianza. Su fe es simple y bella: “¿No eres tú desde el principio, oh Jehová, Dios **mío**, Santo **mío**? ¿Cómo podría este fiel Dios olvidar su pacto y “las misericordias firmes a David” (Isaías 55:3)? Aun cuando Él deba golpear duramente a los suyos para bien de ellos, todo está medido. La prueba no será mayor que la gracia que Dios nos da para soportarla.

“No moriremos”, afirma Habacuc. ¿Podría ser diferente para su afligida Iglesia hoy en día? Con plena seguridad, apoyémonos en la promesa del Señor: “Edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella” (Mateo 16:18).

“Muy limpio eres de ojos para ver el mal” (Habacuc 1:13), declara el profeta, abogando por la causa de Israel contra los caldeos. Y expone aún delante de Dios algunos rasgos aborrecibles de estos crueles enemigos. Luego, sintiendo su debilidad e incapacidad para discernir los caminos tan misteriosos de Dios, se refugia en Él: “Sobre la fortaleza afirmaré el pie, y velaré para ver lo que se me dirá, y qué he de responder tocante a mi queja” (Habacuc 2:1; véase Proverbios 18:10). Dichosa actitud, rica en bendiciones para un creyente. Pero ¡cuán poco sabemos esperar solamente en Dios (Salmo 62:1, 2, 5-7; Lamentaciones 3:26)! Ahora Habacuc se encuentra aparte y adopta la vigilante actitud de un centinela. Se ubica moralmente por encima del vano alboroto de la tierra, de la febril actividad del hombre. Y aun si Dios debe reprenderlo, está dispuesto a dejarse enseñar. Su conciencia está ejercitada; no será dejado sin respuesta. El Señor nunca desoye a los que lo buscan (Proverbios 8:17).

Lo que Dios le va a revelar ahora tendrá un cumplimiento rápido, pero también tiene una aplicación lejana, más extensa, más completa. La visión habla de “el fin”. Por la fe, nosotros podemos extraer de ella el mayor beneficio, pero también in-

fundirá ánimo al remanente que atravesará la gran tribulación.

El profeta recibe la orden de escribir, de grabar cuidadosamente en tablas la revelación. El que la lea podrá correr y difundir el mensaje a lo lejos. Si la visión tarda es necesario esperarla, porque sin duda vendrá en el tiempo determinado (Habacuc 2:3). Entonces el misterio de la paciencia de Dios respecto al pecado habrá terminado (Apocalipsis 10:7).

Toda la profecía adquiere su valor para aquellos que tienen el corazón ocupado por el Señor. Los designios de Dios no siempre son fáciles de discernir, pero Cristo es el centro de ellos y “el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía” (Apocalipsis 19:10).

La epístola a los Hebreos manifiesta que en el libro de Habacuc ya se hacía referencia a Él (Hebreos 10:37). Y la visión contempla más allá de su primera venida, de su rechazo y de su crucifixión; ella va incluso más allá de su venida para arrebatar a los suyos y encontrarse con ellos en el aire, y considera el momento en que Él vendrá para liberar a su pueblo terrenal y establecer su reino en gloria.

Aun si el malo parece triunfar, el creyente debe mantener los ojos fijos en las cosas que no se ven (2.^a Corintios 4:18). “El justo por su fe **vivirá**” (Habacuc 2:4; Hebreos 10:38). Este término, que tiene una densidad extraordinaria, demuestra cuán inexacto es pensar que cada pasaje de las Escrituras debe tener una sola aplicación. Todo lo contrario, cada pasaje puede tener muchas aplicaciones de importante e indiscutible autoridad. Este versículo es citado nuevamente por el apóstol Pablo en la epístola a los Romanos. Él da una respuesta triunfante a la angustiada pregunta de Job: “¿Cómo se justificará el hombre con Dios?” (Job 9:2; 25:4). El evangelio “es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree”. “En el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas **el justo** (aquel a quien Dios justifica) por la fe vivirá” (Romanos

1:17) La obra de Cristo consumada en la cruz responde plenamente a los derechos de Dios y a su justicia. Ella lo glorifica y en base a este perfecto sacrificio, Dios en su gracia justifica gratuitamente a aquel que cree y se refugia en la sangre vertida en propiciación por el pecado.

El apóstol utiliza esta misma palabra para reprender y corregir a los gálatas. Falsos maestros habían logrado “fascinarlos”. Éstos afirmaban que la Ley debía ser la regla de vida del creyente. Pero hacer obras con este espíritu equivale a decir que la obra de Jesús no es suficiente. Y desgraciadamente ¡muchos creyentes están atrapados en similares lazos! En principio ellos reconocen el valor expiatorio del sacrificio de Cristo, pero, al mismo tiempo, basan su salvación en **sus obras** y en la práctica de su **religión**. Dios nos ha justificado plenamente (Romanos 3:26). ¿Nos confiaría la responsabilidad de «completar» mediante las obras su trabajo perfectamente cumplido? Éste es un pensamiento necio. Hemos sido salvos por la fe, sólo ella puede hacernos vivir y andar en las buenas obras que Dios preparó de antemano (Efesios 2:8-10). “El justo **por la fe** vivirá” (Gálatas 3:11). Éste era el recurso de Habacuc y es el del creyente en todas las épocas. En todo lo que nos rodea vemos que nada ha cambiado. La iniquidad desborda como río, pero la fe se apoya en las verdades de la Palabra.

El resto del capítulo señala que después de haberse servido de Babilonia como de una vara contra Judá, Jehová quebrantará a aquel que “ensancha su garganta (o: apetito, deseo) como el Seol” y “que nunca se sacia” (Habacuc 2:5; BAS). En respuesta a su fe, el siervo de Dios escuchará la requisitoria divina contra esos pueblos que trabajan para el fuego (Habacuc 2:13). Hallamos que la maldición contra los caldeos se pronuncia en cinco ocasiones: a causa de su cruel avidez (v. 6-8); de su codicia mezclada con el orgullo (v. 9-11); de la sangre que vertieron y la opresión que ejercieron (v. 12-13); de su perversidad y

violencia (v. 15-17) y, finalmente, de su grosera idolatría (v. 18-19; Daniel 3 y 5). Babilonia se subleva directamente contra Dios. No puede haber más demora. La terrible situación que señala este cuadro donde se ven las obras de la carne (Gálatas 5:19-21) da lugar a un castigo súbito y completo.

La codicia, el orgullo y la idolatría, ¿no caracterizan el tiempo actual? Se quiere obtener, aun por medio de la violencia, lo que a Dios no le agradó conceder; se manifiesta un deseo de enaltecerse, y los ídolos de este mundo, comenzando por las riquezas, tienden a invadir incluso el corazón de los hijos de Dios (Efesios 5:5-6).

“Jehová está en su santo templo; calle delante de él toda la tierra” (Habacuc 2:20; Salmo 76:8-9). Dios ejecutará al fin un juicio definitivo contra todas las naciones culpables de esas mismas faltas, pues el mundo entero yace bajo el maligno. Él librará a su pueblo, y solamente entonces “la tierra será llena del conocimiento de la gloria de Jehová, como las aguas cubren el mar (Habacuc 2:14; Isaías 11:9).

Al profeta se le concedió penetrar en el designio secreto del Todopoderoso. Comprendió que Dios obra para dar cumplimiento a Su designio. La oración de Habacuc revela un corazón que siente temor de Dios y que anhela la manifestación de Su gloria: “Oh Jehová, aviva **tu obra** en medio de los tiempos, en medio de los tiempos hazla conocer” (3:2; véase también Daniel 9:17 y Salmo 102:13). Continúa siendo posible la bendición, y Dios volverá a dar “un poco de vida” (Esdras 9:8). A pesar de la hora avanzada, si Él ve en los suyos quebrantamiento y humillación, puede sernos concedido un despertar.

Habacuc ruega además: “En la ira acuérdate de la misericordia” (Habacuc 3:2). Ésta es una intercesión que podemos hacer subir constantemente hacia nuestro Dios y Padre. Él es poderoso para producir bien en favor de las almas y gloria para Su nombre, aun en medio de la tristeza y el sufrimiento.

En espíritu, el profeta contempla el día de Su venida, y de allí en adelante su esperanza lo transporta hacia ese día (véase también Deuteronomio 33:2). Los caminos de Dios son eternos. En el pasado Él intervino para sacar a su pueblo de Egipto (Habacuc 3:3-6). Dios saldrá dentro de poco para socorrer a su pueblo y a Su Ungido, Cristo mismo (Habacuc 3:7-15).

Frente al poder y la gloria de Dios, Habacuc siente temor y se estremece (Habacuc 3:2, 16). Siente su propia indignidad y la de su pueblo. ¿Dónde hallará reposo este pueblo cuando, al final de los tiempos, suban las tropas de aquel que lo asaltará? ¡Qué terrible y desolador espectáculo engendrará el inevitable juicio que caerá sobre los culpables! Pero ahora el profeta tiene una más justa apreciación de la misericordia y la fidelidad de Dios. Y nosotros, que somos objeto del amor de Cristo en la cruz, deberíamos tener aún más seguridad.

¡Qué diferencia entre el comienzo y el fin de este oráculo o profecía! Habacuc ya no está desorientado ni turbado por cuestiones no resueltas. Ahora se encuentra preparado para afrontar la prueba que se acerca y está seguro de que Dios llevará a buen fin su propósito en favor de aquellos que le aman. Si debe pasar por un tiempo de completa escasez (Habacuc 3:17; Joel 1:10-12) su fe ya puede afirmar: “Con todo, yo me alegraré en Jehová, y me gozaré en el Dios de mi salvación” (Habacuc 3:18; Filipenses 4:1-4).

Al comenzar un nuevo año, ¿sentimos la necesidad de un despertar en la Asamblea? ¡Cuánta ignorancia, indiferencia e incluso abierta desobediencia a la Palabra de Dios! A causa de nuestra debilidad se acrecienta el peligro de que seamos “fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina”. ¡Y qué diremos del amor al dinero, de la ambición de satisfacer nuestros gustos, de la atracción que los placeres de este mundo ejercen sobre nosotros! Ciertamente damos gracias por todo lo que el Señor hace y mantiene en su Iglesia, pero reconozcamos

que nuestros afectos por Él se han entibiado y que tenemos una imperiosa necesidad de humillarnos, de **obedecer** con simplicidad de corazón a las Escrituras.

¿Vamos a permanecer postrados, desanimados y únicamente clamando: “¿Hasta cuándo?” Nuestros enemigos: Satanás, el mundo y la carne aprovecharían la ocasión; ellos “solamente consultan para arrojarle de su grandeza” (Salmo 62:4). Nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo (1.^a Juan 1:3). Esto es el *súmmum*, la cumbre inaccesible para el hombre natural; pero para alcanzar esta cima nosotros tenemos la fuerza del Señor. Por Él podremos mantenernos en las alturas, tal como Habacuc (3:19). Y a pesar de la aridez del lugar donde aún caminamos, Cristo dirige la alabanza de sus redimidos, para gozo del Padre. ¿No es el verdadero “jefe de los cantores”, el único que puede hacer vibrar las “cuerdas” del corazón de sus redimidos en medio de la Asamblea? (v. 19 fin; véase Hebreos 2:12).

Ph. L. (M. E. 1987)

EL AFINAMIENTO

“Porque él es como fuego purificador, y como jabón de lavadores. Y se sentará para afinar y limpiar la plata” (Malaquías 3:2-3). En una reunión, algunos hermanos habían meditado sobre este pasaje de Malaquías en el cual el jabón de lavadores y el afinador representan la influencia santificadora de la gracia de Cristo. Cada expresión en la Palabra tiene importancia, de modo que estos hermanos se preguntaban por qué está escrito que el afinador se sentará.

Una de las personas que habían estado presentes, deseosa de

conocer las operaciones del afinamiento, fue a la casa de un orfebre y le preguntó: «¿Usted se sienta mientras realiza el trabajo de afinamiento?» El orfebre respondió: «Exacto; debo sentarme y fijar la vista sobre el crisol, porque si me excediese en el tiempo necesario para el afinamiento, ciertamente la plata se dañaría.»

Este hecho, ¿no nos hace comprender la belleza y la fuerza que tienen las palabras: “Y se sentará para afinar la plata”? A menudo Cristo estima necesario colocar a sus rescatados en el crisol, pero Él se sienta junto a ellos, fijando la vista constantemente en el trabajo de la purificación; la sabiduría y el amor se encuentran unidos en el mayor grado respecto de aquel que es objeto del afinamiento.

Pero eso no es todo; cuando la persona se retiraba, el orfebre la llamó para decirle que había olvidado mencionar que su trabajo no estaba terminado sino hasta el momento en que podía ver su propia imagen reflejada en la plata. ¡Magnífica figura de Cristo, que finaliza el trabajo de la purificación, cuando ve su propia imagen reflejada en los suyos!

Alguien dijo, con razón: «Si eres un hijo de Dios, no estarás exento de la disciplina que se ejerce en la familia. La voz que habla puede parecer áspera, pero la mano que golpea es suave. El horno puede ser calentado siete veces (Daniel 3:19), pero el afinador está junto a él. Su intención no es consumir, sino purificar.» Estemos persuadidos de que todo llevará el sello del amor. Con la mirada de fe y de confianza puesta en el Dispensador de las pruebas que atraviesa en este mundo, el santo puede decir: “Conozco, oh Jehová, que tus juicios son justos, y que conforme a tu fidelidad me afligiste” (Salmo 119:75).

Creyente, vuelve tu mirada hacia atrás, considera las pruebas más dolorosas que atravesaste y dime: ¿fueron en vano? Ellas pueden haberte conducido a un “Sarepta” o a un “horno”, pero fueron para mostrarte a uno semejante al Hijo de Dios. ¿Cuán-

do estuvo Dios tan cerca de ti, y tú tan cerca de Él, sino en el horno de fuego?

Los perfumes del santuario debían ser molidos; el candelero estaba hecho con oro batido. Las aflicciones que atraviesas te dan la oportunidad de glorificar a tu Dios, oportunidad que no tienen ni aun los ángeles en su esfera exenta de pruebas.

“Para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque precedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo” (1.ª Pedro 1:7).

“Bienaventurado el varón que soporta la tentación (o: prueba); porque cuando haya resistido la prueba (o: se haya manifestado fiel bajo la prueba), recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman” (Santiago 1:12).

(M. E. 1929)

EL TIEMPO DEL DESPERTAR

(Viene de la página 201, año 1999)

En la Suiza francesa

Pero la obra en Suiza se extendía en su ausencia. Sus estadías en Ginebra y en Lausana se habían visto cortadas por numerosos desplazamientos a través del país, como, por ejemplo, una permanencia de quince días en Neuchâtel, en noviembre de 1839, y otra en el valle de Joux en enero de 1843. Evangelistas y predicadores, de los cuales algunos eran veteranos del Despertar de la década de 1820, no habían tardado en unirse a él, sacudiendo por casi todas partes la antigua disidencia adormecida, pero actuando también en otros ambientes. Desde muy lejos se llegaban hasta Ginebra para escuchar la enseñanza de J.N. Darby; algunos cristianos de Ballaigues recuerdan haber

oído decir a sus abuelos que iban a pie hasta allí, o sea a más de 80 km. Desde las riberas del lago Léman hasta el Jura de Berna y Neuchâtel se formaron asambleas; y así, como prueba de ello, cuatro familias que se reunían regularmente desde 1843 en La Chaux-de-Fonds decidieron separarse para llevar el testimonio, una a Ponts-de-Martel, otra a Cormondrèche y otra a Le Locle.

Ministros nacionales dimitieron a sus funciones pastorales oficiales. En Vevey, donde, desde 1838 por lo menos, algunos cristianos se congregaban para el partimiento del pan una vez por mes, el pastor C.F. Recordon, cuya palabra elocuente atraía a las muchedumbres, dimitió en diciembre de 1840 y, humildemente, fue a tomar su lugar con los dos o tres congregados en el nombre del Señor en esa ciudad. «Cuando abandoné mi puesto —dijo más tarde a un amigo— como toda fortuna tenía once hijos.» El Señor recompensó su fidelidad, no sólo proveyendo a las necesidades de esta familia, sino también extendiendo la esfera de la actividad de su servidor. Durante treinta años, es decir, hasta su muerte en 1870, llevó a cabo un ministerio oral y escrito cuyos frutos subsisten. Fue el primer editor de *El Mensajero Evangélico* (1860), como también de *La Buena Nueva anunciada a los niños* (1861).

Por otra parte, jóvenes cristianos deseosos de entregarse a la obra de evangelización y edificación habían pedido a J.N. Darby, durante su permanencia en Lausana, la realización de estudios de la Palabra bajo su dirección. Reunió así una docena de hermanos durante un año e hizo lo mismo en Ginebra durante seis meses. Se abstenía de intervenir en su vocación y consagración a la obra, dejándolos bajo la entera y única dependencia del Señor. La mayor parte de ellos fueron instrumentos bendecidos por el Maestro, ya en Suiza —donde despertares locales tuvieron lugar por su intermedio—, ya en Francia.

Más eficaz todavía fue, tal vez, la obra realizada por escritos,

ya sea traducidos del inglés, ya redactados en francés por el mismo J.N. Darby, quien conocía y usaba notablemente este idioma. Aparte de los folletos de controversias ocasionales con A. Rochat, F. Olivier y otros, este período vio aparecer tratados breves pero claros, completos e incisivos que exponían la Escritura con una absoluta sumisión a su autoridad, llenos de amor por la Iglesia y su Cabeza. Esos escritos, mediante los cuales muchos cristianos sinceros, cercanos o lejanos, fueron iluminados, siguen siendo esenciales para todo aquel que quiera comprender el alcance del movimiento espiritual que caracterizó a ese momento de la historia de la Iglesia.

Así el tratado *La apostasía de las dispensaciones sucesivas* (1836) esbozaba un aspecto general de la permanencia de estos dos grandes hechos: el hombre siempre infiel a su responsabilidad y Dios siempre fiel a sus designios de gracia. Un segundo tratado: *La espera actual de la Iglesia y las profecías que establecen la verdad del retorno personal del Señor* (Ginebra, 1840); y luego las *Notas sobre el Apocalipsis* (Ginebra, 1842), definieron el carácter distintivo de la dispensación cristiana y de la Iglesia. Les siguieron opúsculos relacionados más directamente con la Iglesia aquí abajo, en su estado actual, con sus privilegios, sus recursos y sus deberes. Citemos:

—*Sobre la formación de las Iglesias* (Ginebra, noviembre de 1840), y *Algunos desarrollos nuevos sobre los principios enunciados en el folleto: Sobre la formación de las Iglesias, etc.* (Ginebra, 1841); *El ministerio, considerado en su naturaleza, en su fuente, en su poder y en su responsabilidad* (Lausana, 1843); *De la presencia y la acción del Espíritu Santo en la Iglesia* (Valence, 1844).

Estas enseñanzas, tomadas de la Palabra de Dios, fueron acompañadas por la bendición del Señor, pese a la oposición que encontraron no sólo de parte del mundo religioso sino también de amados hijos de Dios vinculados a varios sistemas a

los que no podían resolverse a abandonar. Las asambleas fueron molestadas más de una vez, sobre todo durante el agitado período político de 1845 a 1848, y antes del cual ya se habían producido verdaderas violencias en ciertos lugares; un hermano había sido severamente golpeado; un verdadero desorden público se produjo en Lausana en mayo de 1845. Era frecuente que se recibieran pedradas al ir al culto.

Sobre el terreno doctrinal, una viva y tal vez áspera controversia se reavivó alrededor de 1848; J.N. Darby fue acusado, tanto por los de la Iglesia nacional como por los disidentes y las nacientes Iglesias libres, acerca de la constitución de ancianos. Ésa fue la ocasión para que él afirmara claramente que la designación oficial de ancianos no está de acuerdo con la enseñanza bíblica, ya que reconoce, sea a la asamblea, sea a un clero, un poder de investidura que es propiamente usurpado. Entonces escribió el breve pero capital resumen intitolado *La Iglesia según la Palabra* (Ginebra, 1850).

La obra iba desarrollándose. Los hermanos habían emprendido en 1843 la publicación de un periódico de edificación: *El testimonio según la Palabra*, el que, es cierto, tuvo que interrumpirse en 1850. El Señor empleaba, sobre todo, a siervos calificados para la predicación, los que anunciaban a la vez las buenas nuevas de salvación y las verdades relativas a la reunión en el nombre del Señor, a la acción del Espíritu Santo en la Iglesia y tanto a la posición como a la esperanza de ésta. Se estimaba en 1855 que había en la Suiza francesa alrededor de cincuenta asambleas, algunas con 200 personas o más. Pero, en ese tiempo, J.N. Darby trabajaba especialmente en Francia.

EN FRANCIA

Esas verdades habían penetrado en Francia al mismo tiempo que en Suiza. Muchos creyentes estaban preparados para reci-

birlas merced al Despertar evangélico. No faltaban contactos personales con Inglaterra, y eran difundidos escritos provenientes de ese país y traducidos al francés. Probablemente J.N. Darby hizo más de un breve viaje a Francia desde antes de 1840 (fue de Ginebra a Pau en 1837). Calificados obreros llegaron de Suiza, donde habían aprovechado su enseñanza. Incluso la oposición a lo que se llamaba «plymouthismo» no hizo sino atraer la atención sobre este movimiento. El Señor respondió así a las necesidades de numerosas almas sinceras que andaban en busca de un terreno eclesiástico fundado en la Escritura. Así sucedió en muchas regiones casi simultáneamente.

Se ve esta acusación de plymouthismo dirigida contra dos evangelistas que trabajaban en el pueblo de Alboussière (Ardèche) en 1840: un maestro de escuela, de origen suizo, A. Guignard, y otro, francés, Pierre Dorel. En la misma época y en la misma región, un evangelista de los primeros tiempos del Despertar, André Moureton, se liberó de todo vínculo con los sistemas eclesiásticos. En 1825 había abandonado su acomodada situación familiar en Annonay para colportar y predicar el Evangelio con celo, aunque aún compenetrado de espíritu legal, y había estado muy activo durante algunos años en Lyon al mismo tiempo que A. Monod y A. Dentan, y luego en el valle del Eyrieux (1831). En ese tiempo se formaron asambleas. En Vernoux y en el valle del Eyrieux, L.J. Favez (1813-1902), otro maestro del Despertar formado en la Escuela de Teología de la Sociedad evangélica de Ginebra, y luego A. Guignard encontraron puertas abiertas para realizar un «servicio bendecido», como lo escribió J.N. Darby, quien visitó esa región en 1841, 1842 y sobre todo en 1844. En el «Plateau» el pastor disidente Albert Dentan, de quien ya hemos hablado, recibió temprano la luz; actuó en medio de sus rebaños del Riou y de la Pireyre con una sabiduría que contrastaba con las exuberancias que se agitaban alrededor de él, y terminó por abandonar la di-

sidencia, así como la Sociedad bíblica escocesa, de quien recibía su salario. Como C.F. Recordon en Vevey, con seis hijos y un séptimo por llegar, prosiguió su ministerio dependiendo sólo del Señor. Trabajó en algunas otras regiones y volvió a Saint-Agrève en 1858 para permanecer allí hasta su muerte, ocurrida en 1874, ocupándose de asambleas de las cuales él había sido el instrumento inicial. Su humilde entrega, total hasta el agotamiento físico, iba aparejada con sus dones, ya que era tanto evangelista como también pastor y maestro a la vez. Una carta que él dirige a uno de sus hijos en 1861 (reproducida en el Mensajero Evangélico de 1923, página 158) expone con claridad los principios y la práctica de las reuniones de los «hermanos». En las regiones donde tanto había trabajado hubo continuadores cuyo recuerdo permanece bendecido, entre ellos J. Moula (muerto en 1884) y sobre todo Jérôme Lebrat (muerto en 1913).

Una asamblea existía desde 1842 en Saint-Etienne, ciudad en la cual Albert Dentan vivió tres años; otra en Annonay y otra más en Lyon desde 1844 por lo menos, la que atravesó serias pruebas, pero disfrutó de felices ministerios, como los de Vey y Moureton.

Todo un trabajo análogo se hacía al mismo tiempo en otras partes del Ardèche (Privas, valle del Eyrieux), en el Drôme, en Valence, en Montmeyran, en Combovin, donde A. Dentan residió desde 1845 hasta 1851, con extensión en el departamento del Isère, en Tullins.

La misma obra se realizaba en los montes Cévennes y las llanuras circundantes, adonde Darby fue repetidas veces desde 1841. A. Dentan permaneció en el Vigan desde 1852 hasta 1855, viajando a menudo por toda la región. Pierre Dorel (1809-1884), infatigablemente recorrió durante treinta años las altas regiones del Auvergne hasta el Languedoc, teniendo como centro Pont-de-Montvert en el Lozère. Su servicio se

mancomunó con el de los hermanos activos del Vigan, de Nîmes, de Montpellier, pero trabajó más bien en las regiones católicas del Cantal y del Puy de Dôme, donde fue blanco de molestias e incluso de los rigores de la recelosa administración del segundo Imperio, ya que fue condenado a tres meses de prisión en Thiers en 1854. J.N. Darby se place en evocar en su correspondencia sus propias caminatas, mochila al hombro, por esos accidentados senderos de los rudos montes Cévennes, adonde volvió en los años 1844, 1849, 1856 y 1860. En la mayor parte de estos valles nacen asambleas, no sin oposición y oprobio. En Saint-Hippolyte-du-Fort (Gard) aconteció que Darby tuvo que predicar a 150 mujeres y a sólo dos hombres, pues todos los demás se abstuvieron de asistir por temor a las burlas. En Saint-Privat-de-Vallongue (Lozère) algunos creyentes que se reunían hacia 1850 para leer la Palabra —permaneciendo, sin embargo, unidos a la Iglesia nacional— fueron amonestados por el pastor desde su púlpito, pero ellos salieron del templo en fila y desde entonces se reunieron fuera de todo ministerio oficial.

Hacia la misma época, una escena idéntica ocurrió en Doubs, en Desandans, y el pastor tuvo que exclamar, desolado: «¡Mis mejores ovejas se me van!...» ¡Ellas iban a congregarse alrededor del único Pastor! La obra seguía también en toda la región de Montbéliard, al igual que en Alsacia, lugares visitados por hermanos suizos y por J.N. Darby, quien expresó, en 1850, su gozo al ver allí «una extensa y bendecida obra, la separación del mundo, el amor de los hermanos». En Besançon se reunían en ese mismo tiempo unas cincuenta personas.

Hubo también un movimiento importante en Borgoña, por una parte en la Bresse (La Chapelle-Thècle) y alrededor de Chalon (Givry, donde permaneció por un tiempo L. Barbey), y por otra parte en Dijon y sus alrededores, donde las asambleas existieron por un tiempo (en 1856 y años siguientes) y también

en el Nivernais.

En París, la reunión en el solo nombre del Señor es contemporánea con los primeros viajes de J.N. Darby al continente europeo; allí se detenía de costumbre a la ida o a la vuelta. La asamblea contaba en 1854 con 30 ó 40 personas, la mayor parte de humilde condición. Había asambleas en Amiens, en Creil (Oise) y en la región de Orléans.

La obra se efectuaba paralelamente en el sudoeste, alrededor de Angulema, en Limoges, en Burdeos y su región, en Sainte-Foy, Clairac, Nérac y en el Béarn, adonde J.N. Darby fue en 1837, luego en 1847 y a continuación regularmente. Después de 1840 se forman asambleas en Bayona, Orthez, Bellocq, Puyoo, un poco más tarde en Pau y Nay (1850), donde hubo más dificultades para romper con los sistemas. El nombre de Louis Barbey —el antiguo compañero de obra de Pyt— a quien nos hemos referido varias veces, permanece «identificado con la obra de Dios en estas comarcas» (J.N. Darby) y con los comienzos de la asamblea en Pau. Tiempos difíciles transcurrieron allí en 1850, originados por un activo obrero (Buscarlet), quien, no pudiendo prescindir de ancianos y presidentes reconocidos, no perseveró con los hermanos. A. Moureton, a quien hallamos como maestro en Saint-Albit (Pirineos marítimos), se manifestó allí activo y feliz.

Por Tolosa y la región del Ariège (Le Mas d'Azil), Béziers, Montpellier —donde M. Parlier, un médico, se vinculó íntimamente con J.N. Darby—, Vergèze y Nîmes, la zona de las asambleas abarcaba las regiones de los Cévennes, el valle del Ródano y Marsella, donde unas 40 personas se reunían en 1854 pese a una viva oposición. Allí trabajaba mucho el hermano Violet, uno de los jóvenes instruidos por J.N. Darby en Lausana en 1853, cuyo servicio fue precioso también en el Alto Loira, hasta los Pirineos marítimos. En Nîmes, Adrien Boissier dio principio a la publicación mensual *El Eco del Testimonio*,

en 1860, la que prosiguió en Angulema, en Limoges, en París, nuevamente en Nîmes en 1869 y finalmente en París, desde donde este amado siervo de Dios partió con el Señor en 1873.

Como lo dijimos, las permanencias de J.N. Darby en Francia se prolongaron a partir del año 1847, volviendo regularmente, casi todos los años, después de 1853. Era recibido en Pau en la casa de su amigo y colaborador Pierre Schlumberger, un piadoso alsaciano que empleaba para el servicio del Señor sus abundantes bienes materiales y quien, a causa de su salud, se había establecido allí con su familia y había tomado su lugar entre el pequeño rebaño en 1848. En la casa de este hermano, J.N. Darby escribió la mayor parte de sus *Estudios sobre la Palabra*, aparecidos entre 1852 y 1856. Allí también, con el concurso de hermanos calificados que cada invierno se reunían en Pau, hizo una gran parte de su traducción del Nuevo Testamento (editado en 1859) y luego la del Antiguo Testamento (editado en 1885, después de su muerte).

SUIZA ALEMANA

La obra en la Suiza francesa tuvo su eco y prolongación en la Suiza alemana. J.N. Darby visitó esta región en 1850 y, según parece, había ya congregaciones en Basilea, Berna, St. Gallen y Zurich.

ALEMANIA

Esa obra se extendió poco después a Alemania. El Espíritu de Dios obraba allí, sobre todo en Renania Septentrional-Westfalia. Algunas almas en Düsseldorf habían sido interesadas en la enseñanza de la Palabra por intermedio del hermano mayor de J.N. Darby, quien había vivido allí durante dos años. Por otra parte, en Elberfeld, una Brüderverein (Asociación de

hermanos) que actuaba con el espíritu del Despertar evangélico, proseguía una obra en esa ciudad industrial y sus alrededores, por medio de doce evangelistas. Allí se estableció un hermano suizo, H. Thorens, quien había conocido en Lyon, en 1846, a un joven cristiano de Elberfeld que lo había comprometido a asistir a las reuniones. Thorens congregó en su casa a algunos creyentes para estudiar la Palabra, entre ellos a varios de aquellos evangelistas, en particular a dos hermanos, Karl y Ernst Brockhaus. Éstos, con otros tres, salieron de la Brüderverein para formar, con H. Thorens, la primera asamblea de hermanos de Alemania. Esto sucedía en 1852. Dos años más tarde, J.N. Darby llegó a Elberfeld y recorrió toda la accidentada región vecina, a costa de grandes fatigas, pero recibiendo una calurosa acogida, no tan sólo de sí mismo, sino también de la verdad que predicaba. No tardaron en formarse numerosas asambleas. Los escritos ingleses, traducidos al alemán, se propagaron. J.N. Darby volvió los siguientes años para hacer visitas prolongadas. Con varios colaboradores hizo una traducción de la Biblia en alemán. Pudo escribir en 1869: «La obra se extiende considerablemente a través de toda Alemania.»

HOLANDA Y BÉLGICA

En Holanda se abrieron varias puertas. Desde 1854 hasta 1857, miembros de la alta sociedad, convertidos en Niza por medio de un hermano italiano, Biava, fueron visitados por J.N. Darby, cuando iba a Alemania y a Suiza. Más tarde Bélgica también vio extenderse por su territorio las verdades relativas a la Asamblea, especialmente en las regiones industriales del Hainaut y de Lieja. Dicho país se benefició con el ministerio de W.J. Lowe (1838-1927) entre otros, después de 1870.

LA OBRA EN ITALIA

En Italia el Despertar evangélico no se manifestó antes de 1848, época en la cual tuvo lugar un trabajo notable, particularmente en Florencia, tanto para llamar a las almas como para la reunión de algunos en torno al Señor. La oposición fue viva, no solamente de parte de la Iglesia católica y los gobiernos dominados por ella, sino también de parte de la Iglesia valdense del Piamonte —la que, sin embargo, se despertaba en esos momentos merced al soplo evangelizador— y de los sistemas religiosos protestantes representados hasta ese momento por ínfimas comunidades extranjeras que se establecieron en la península y en Sicilia, el metodismo en particular. Por todas partes se ponía a la gente en guardia contra el «plymouthismo». Entre los elementos más activos del movimiento había dos cristianos, esclarecidos y celosos, a quienes Dios había llamado de entre los nobles y los sabios de este siglo (1.^a Corintios 1:26): uno, de una ilustre familia florentina, el conde Pietro Guicciardini; el otro, de una familia de Nápoles, renombrado en el mundo de las letras y las artes, T.P. Rossetti. El primero se convirtió en Florencia y se unió a un pequeño grupo de humildes testigos del Señor, pero tuvo que exiliarse en Inglaterra en 1851. Allí encontró a los hermanos y fue el instrumento utilizado para la conversión de Rossetti, exiliado éste también pero por razones políticas. Los dos, instruidos en la verdad concerniente a la Asamblea, al volver a Italia se entregaron a la obra del Señor, entre los humildes sobre todo, con una devoción incansable. Desgraciadamente, desde el comienzo se habían visto alejados de la sana doctrina y favorecieron la mezcla de los creyentes con el mundo en desmedro de su reunión fuera del campamento. Los progresos del Evangelio fueron indiscutibles, sobre todo en la Toscana y en el Piamonte, pero estuvieron acompañados por una extrema confusión eclesiástica. «Si

se quiere ver la ruina de la Iglesia y sus efectos —escribió J.N. Darby en 1872— hay que ir a Italia; cada secta trata de acaparar a aquellos a los cuales Dios lleva a su conocimiento, introduciéndolos en el estado en que ella se encuentra y en un relajamiento moral que parte el corazón. Por eso, en general, esas Iglesias apenas constituidas se derrumban.» Entre los años 1848 y 1860 se formó un cierto número de comunidades desprendidas de organizaciones existentes, pero nunca llegaron a la noción de la libertad del ministerio del Espíritu; trataron de constituir una Iglesia libre de Italia, de la que cada una era miembro, independiente en principio, pero esa Iglesia pronto se vio disociada. En el seno de esta confusión «un muy pequeño puñado de hermanos», humildes creyentes profundamente ejercitados, comenzaron a congregarse con sencilla obediencia a la Palabra desde 1865 aproximadamente. Algunas asambleas se formaron así en Milán, en Como, luego en Turín, en Novi, en Roma y en La Spezia. Dios suscitó siervos, en particular a Giacomo Biava, quien comenzó en 1870, en Turín, la publicación de un muy útil periódico de edificación y evangelización: *Il Dispensatore*. Los valles valdenses vieron nacer asambleas en varios lugares, como Torre Pellice y San Germano. G. Biava murió súbitamente en 1880, pero la obra fue continuada por medio de hermanos calificados, como el inglés E.L. Bevir. Esta obra había sido objeto de una solicitud particularmente marcada por parte de J.N. Darby, quien fue varias veces a Italia, pasó dos meses en Turín en 1871 y otro tanto en Milán en 1874.

(Conti-

nuará)

CARTA DE J.N.D.

Si apreciamos justamente el valor que tiene la Iglesia de Cristo, no dejaremos de servir, **por amor**, de una u otra manera. El precio que la Iglesia tiene para Cristo se halla demostrado en el hecho de que Él “amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella”. Su amor, “fuerte como la muerte”, jamás varía, tal como pronto será manifestado. Existe un amor fraternal que nos induce a servirnos unos a otros. Eso no se cuestiona; pero el amor **por el Señor** es lo que debe impulsarnos a desear ser servidores en el Cuerpo. Estamos unidos unos a otros. Nuestro deseo de servir se ve contrariado a menudo ante el pensamiento de lo poco que podemos hacer. Epafras penetró muy profundamente en el pensamiento de Dios respecto al servicio, así como el apóstol Pablo. “Perseverad en la oración” etc. (Colosenses 4). Pablo hacía que el fruto de su ministerio dependiese de las oraciones de los santos, aun cuando su autoridad apostólica quizá dejara pensar que podría prescindir de las oraciones de otros.

Al leer acerca de Epafras, admiramos el celo de un hombre que tal vez pasaba sus días con su rostro en tierra. Quizá se diga que eso no implica un gran celo, pero él tenía frente a sí la lista de los santos; tal vez se sentiría fatigado, pero no se detenía: «Todavía debo orar por éste, y aún es preciso que lo haga por aquél.» Ése era el servicio particular de Epafras (quizá también el de Epafródito). No lo vemos sirviendo de otra manera; él trabajaba “rogando encarecidamente” para que los santos estuviesen “firmes, perfectos y completos en todo lo que Dios quiere”. Quizás esto es lo que más nos falta: ser vistos sólo por Dios, no desear que nos elogien públicamente, no hacer ningún tipo de alarde, ni intentar meras actividades. De manera que la oración es como la fibra de la raíz de una planta. “Estad siempre gozosos. Orad sin cesar. Dad gracias en todo” (1.^a Tesalonicenses 5:16-18). Existe un muy estrecho vínculo

entre estas tres cosas que nuestras almas no realizan habitualmente. El gozo aumentará siempre en la misma proporción que la oración y las acciones de gracias.
(M. E. 1980)

EL AGUA DEL ARROYO

(Salmo 110)

Extracto de una meditación de H.R., (enero de 1924)

Queridos amigos, podemos notar que el Salmo 110 nos habla de una sola persona, del Señor Jesús. No hay muchos salmos que nos hablen solamente de Él. La mayor parte de los salmos en los cuales se lo ve nos presentan sus sufrimientos en concordancia con los de los santos del remanente de los últimos tiempos. Podríamos contar los salmos que lo presentan **solamente** a Él: el Salmo 1, el 2, el 8, el 16, el 22 y quizá dos o tres más. Al leerlos podemos notar cuántas veces se citan en el Nuevo Testamento (este corto Salmo de siete versículos se cita unas veinte veces). ¿Por qué razón, queridos amigos?: Porque Dios quiere que fijemos nuestros ojos solamente en Él. Muchos temas que se relacionan con nuestro amado Salvador, temas que fluyen de Él mismo, nos producen felicidad al leerlos en su Palabra. Es cierto que tenemos la necesidad de ocuparnos, por ejemplo, de la doctrina de la salvación, de nuestro porvenir eterno, etc. Pero en determinados momentos tenemos el privilegio de ocuparnos únicamente de Él. El culto es uno de esos momentos. Jesús está allí ante nuestros ojos y lo vemos en su humillación que lo condujo hasta la muerte y muerte de cruz; humillación que agradó a los ojos de su Padre, y en virtud de la cual le dio un nombre sobre todo nombre y el lugar supremo.

Una particularidad de los Salmos consiste en que el primer versículo de cada uno de ellos ya hace vislumbrar el contenido entero del mismo y sus consecuencias. A causa de dicha particularidad, normalmente el primer versículo debería seguir al último. De manera que tendríamos esta lectura: “Del arroyo beberá en el camino, por lo cual levantará la cabeza... Jehová dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies.”

En el Salmo 8 Él es el Hijo del Hombre, en el Salmo 16 el Siervo, en el Salmo 22 la santa Víctima. En el Salmo 110 es el enviado del Padre, enviado para cumplir una misión en este mundo, para hacer la voluntad del Padre, que quiso que viniese a ofrecerse a sí mismo. Él no dudó ni un instante; se puso en camino; quiso llegar hasta el final y afrontó resueltamente su rostro para ir a Jerusalén.

Queridos amigos, no vemos que Él haya encontrado un arroyo a cada paso de su camino. Pero cuando una pobre pecadora samaritana pudo conocerlo, eso representó para Él beber del agua del arroyo. Asimismo cuando el pobre malhechor clavado en una cruz, en su última hora le dijo: “Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino”, y Él pudo responderle: “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso.”

¡Qué poco frecuentes fueron tales momentos preparados por Dios su Padre para que Él pudiese beber esa agua del arroyo, beber, por así decirlo, nuevas fuerzas para llegar al final del camino! Y el fin de ese camino fue la ignominiosa cruz donde Él murió por nosotros. Por eso Dios le dijo: “Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies.” Y nosotros... que en este momento nos ocupamos de Él, que lo vemos “sentado a la diestra de la Majestad en las alturas”, estamos unidos a Él en esa gloria que Dios le dio. Estamos crucificados con Él, y ahora participamos de su gloria. De esta manera, nuestros pensamientos pueden seguirlo y nuestro

corazón se siente conmovido a causa de su amor, ese amor que lo hizo descender a las profundidades de los abismos a fin de llevarnos a lugares más altos que los cielos.

A pesar de nuestra debilidad en el camino, su amor no nos abandona. “Juró Jehová, y no se arrepentirá.” Cristo es “sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec”. Jesús está ahora ante Dios para presentarnos delante de Él y para colmarnos de bendiciones durante el camino, hasta que hayamos llegado a la gloria, donde se encuentra el centro de todas las bendiciones.

(M. E. 1978)

MEDITACIÓN SOBRE EL CANTAR DE LOS CANTARES

(Viene de la página 214 año 1999)

(Capítulo 3)

**“Apenas hube pasado de ellos un poco,
Hallé luego al que ama mi alma.” (v. 4)**

Al separarnos del mundo y de su organización, hallamos al Señor. Ni bien la amada se hubo alejado de ellos, halló a Aquel a quien amaba su alma. ¡Qué dicha! Él no es del mundo, y los que le pertenecen no lo son tampoco. Lo que representa la ciudad y todo lo que se encuentra en ella no puede de ninguna manera hacernos conocer al Amado y hacernos gozar de su comunión; muy al contrario. Lot habitaba en “la ciudad”, pero no lograba más que afligir su alma justa. No conocía, en ese lugar manchado, la dulce comunión de la cual gozaba Abraham, quien estaba con Jehová en lugares altos. Sepamos realizar me-

jor nuestra separación moral de todo lo que es de aquí abajo, no amando al mundo ni las cosas que hay en él, condición esencial para gozar de la presencia del Amado.

**“Lo así, y no lo dejé,
Hasta que lo metí en casa de mi madre,
Y en la cámara de la que me dio a luz.” (v. 4)**

Cuando un creyente ha sufrido lejos de la presencia de su Señor, cuando ha derramado lágrimas amargas, como María junto a Su sepulcro vacío, ¡qué gozo da volverlo a encontrar! La sulamita no lo abandona más, ya que lejos de Él sufrió demasiado. Esto se entiende. Una nube sombría vino ante sus ojos a velar la belleza de su Señor e impedirle gozar libremente de su amor. Ahora, la nube desapareció y los rayos de la gloria del Amado inundan el corazón de aquella que, sintiéndose desgraciada, no podía vivir lejos de Él. Aquí lo lleva a la casa de su madre. ¿Quién es esa madre, varias veces mencionada en el Cantar de los cantares? Ella personifica a Israel. De este pueblo, según la carne, provino el Cristo, Dios bendito sobre todas las cosas. También en el seno de ese mismo pueblo se formará el remanente fiel del cual nos hablan de una manera particular el Cantar y el libro de los Salmos.

Estos fieles, después de un largo tiempo de sufrimientos y aflicciones, verán finalmente a su Mesías e irán por doquier contando su gloria. Será necesario que la nación de Israel oiga hablar de estas cosas y que, después de un largo período en el cual Cristo habrá sido rechazado, el corazón de ellos sea conmovido y esté dispuesto a recibirlo. Él será como restablecido en medio de su pueblo, para que éste pueda gozar de su persona y de las bendiciones que resultarán de su presencia. ¡Felices mensajeros del Rey! No tendrán reposo hasta que el pueblo terrenal de Dios pueda gozar de su Amado (Isaías 62:7). Como

sus corazones estarán llenos de Él, sus bocas podrán contar su gloria. Pero ¿estas cosas están escritas sólo para Israel? ¡Por cierto que lo están también para nosotros! ¿Es Cristo nuestro principal objeto? Y, si es así, ¿podemos guardar ese tesoro para nosotros solos hasta que nuestro Señor recoja en el reposo a su pueblo celestial? No permanezcamos inactivos.

**“Yo os conjuro, oh doncellas de Jerusalén,
Por los corzos y por las ciervas del campo,
Que no despertéis ni hagáis velar al amor,
Hasta que quiera.” (v. 5)**

¡He aquí se hace oír de nuevo el estribillo de nuestro Cantar! ¡Dulce reposo es el que goza ahora la amada junto a Aquel a quien ama! Nada podría turbar este reposo. Sólo nuestra locura puede privarnos de gozar de él. Jamás Él falta a su fidelidad para con los suyos. Sepamos siempre mantenernos junto a Él. La amada no había hallado sino turbación, tinieblas, cansancio inútil mientras erraba por la ciudad. Ahora goza de un dulce reposo junto al Amado, quien vela por ella.

“¿Quién es ésta que sube del desierto...” (v. 6)

La escena cambia aún más: la esposa sube del desierto. Tenemos aquí, sin duda, una alusión al pueblo de Israel que otrora subía triunfante del desierto, conducido por la nube, para tomar posesión del país de la promesa. Imagen de ese mismo pueblo que pronto va a volver a subir de los diversos lugares donde está dispersado, para ir a Jerusalén y adorar en Sion (Isaías 11:11). Pero la Palabra de Dios nos enseña que, antes de que ello ocurra, un pueblo celestial va a subir de la tierra, va a ser arrebatado en las nubes e irá triunfante al encuentro de su Señor, quien lo introducirá en la casa del Padre. Ésta es la bienaventurada esperanza de todos los que han hallado en Jesús a su Salvador. ¡Este día está cercano! ¡Alegrémonos!

FRAGMENTO DE CARTA

...Debemos recibir del Señor lo que a él le parezca bueno enviarnos. Para Él no existe nada difícil, y juntamente con las pruebas nos da, por medio del Espíritu Santo, la gracia necesaria para enfrentarlas. Cuando se multiplican las angustias es necesario hacer como David en Siclag: “Se fortaleció en Jehová su Dios” (1.º Samuel 30:6). David había sabido contestar correctamente al rey Saúl; sin embargo, ahora se encontraba en una situación errada, como fruto de una falta de fe (1.º Samuel 27:1). Eso mismo nos sucede a menudo y, quizá, después de haber pasado por un momento de bendición en el que vimos claramente la mano del Señor obrando a nuestro favor. Es también lo que le ocurrió al profeta Elías quien, después de haber obtenido una gran victoria en la cumbre del Carmelo, huyó pensando en las amenazas de Jezabel y, al igual que David, veía la muerte ante sí (1.º Reyes 19:4). A partir del momento en que miramos las circunstancias y permitimos que ellas nos dominen, dejamos de mirar al Señor y nuestra fe se debilita. Nos hundimos en las aguas, como Pedro. Cuanto más adversas se nos presenten las circunstancias, y cuanto más sintamos nuestra incapacidad, tanto más nos convendrá dirigirnos al Señor, para que él haga lo que nosotros no podemos hacer. En la vida hallamos atolladeros que nos impiden continuar, y no podemos hacer nada sino clamar: “Levántate, oh Dios, aboga **tu** causa” (Salmo 74:22); recordemos también las expresiones del Salmo 119:126: “Tiempo es de actuar, oh Jehová.” ¿No es bueno pensar que “la causa” no es la nuestra, sino la de Dios? El Señor cuidará a los suyos. Él los ama y no los olvida. Pero para todos nosotros existen lecciones que debemos aprender... Que el Señor, en su gracia, nos aliente a todos a pensar en su regreso, y a tener los lomos ceñidos y las lámparas encendidas para ser de aquellos que lo esperan.

W.J.L. (M. E.)